

Tz’ijolaj: sonido y palabra divina

Tz’ijolaj: *sound and divine word*

Juan T. García-Marroquín

Guatemala, Guatemala

*Autor a quien se dirige la correspondencia: juantogama@gmail.com

*Loq’alaj tzijol aj
chpet b’a ri ab’ix ri achuq’ab’
qech qonojel ri mayab’ aj Chi Che’*

Presentación por Alfonso Arrivillaga-Cortés.

Como toda historia de la humanidad no existe lo prístino cuando nos referimos a la cultura. Que pueblo ha desarrollado su historia alejado de otros, fuera de cualquier influencia. Ni la Gran Muralla China construida exprofeso, pudo contener su aislamiento. Así se presenta la historia de la humanidad que en su devenir ha ido amalgamando en un todo con distintas superposiciones, en el orden del tiempo y el espacio, el quehacer del hombre.

El Nuevo Mundo resulta particular laboratorio para visualizar estos procesos, acaso por su juventud en la historia del contacto con occidente, a pesar que se muestra hoy en apariencia sin perturbar —acaso lejano de toda influencia—, refiere a un universo cargando de adherencias, transposiciones y superposiciones, en el tiempo que se funde en un todo.

Como es de esperar con la llegada de los europeos a América, inicio el traslado de varias de sus instituciones (políticas, sociales, económicas, etcétera) para que le permitieran instaurar su proyecto de colonización y con él conversión y salvación de las almas perdidas y salvajes del continente “descubierto”. La cofradía fue una de estas formas de organización transpuestas, y que junto con los gremios, buscaron organizar a la po-

blación y de paso por su carácter religioso caminar en el proceso de la mudanza a un nuevo dios. En su conjunto se trato de un mundo de retenciones y cambios del que hacer humano, vestimenta, alimentación, utensilios y vivienda, formas de transformación del medio y de los recursos, el lenguaje, y sobre todo las formas de ver, organizar y explicar el mundo. Por cierto, un cruce que camina en múltiples vías.

De esta cuenta, paradójicamente, la cofradía una institución de carácter europeo, resultó

el espacio perfecto para aglutinar los intereses indígenas y reproducirlos en un marco de aceptación, en tanto la cofradía no solo era europea, sino era la institución más popular del momento en ese continente. Funcionó pues como una superposición, y dado que su principal expresión deviene de lo ideológico, permitió dar continuidad a formas que antes eran prohibidas y que ahora podrían, además de su aprobación, constituir significación para sus portadores. Así cada poblado adscrito a una advocación, y teniendo otros santos y vírgenes para adorar, formaron sus cofradías para la atención de estos santos que fueron haciendo suyos, cargándolo de adherencias y de significados. Su aceptación y popularidad creció de tal manera que, a lo largo del siglo XX, casi todos los etnólogos que trabajaron en las comunidades mayas reportaron la existencia cuando menos de una cofradía. Se trata —hasta ahora— de una forma de gobierno con un estructurado sistema de cargos, responsables de la advocación y adoración de un santo al que están dedicadas. Practicantes además de la solidaridad y la reciprocidad entre sus miembros, continúan gozando de popularidad, son rectoras de diversos roles sociales, pero sobre todo refugio de lo sagrado.

Todas estas condiciones se hicieron presentes, cada una con su propia especificidad en el viejo po-

1 ¡Tzijolaj, levanta bien alto tus trinos, para que los masheños sean siempre los primeros, primeros en bendición, en alegría y en la cosecha!” (Abuelos Mayas, 2011, p. 14).



La reproducción total o parcial del contenido e imágenes de esta publicación se rige de acuerdo a normas internacionales sobre protección a los derechos de autor, con criterio especificados en la licencia Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0) El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de su(s) autor(es).

blado prehispánico de Chugüila, al que los castellanos y tlaxcaltecas bautizaron como Chichicastenango (del nahualt, *tzitzicastli*) en referencia a la ortiga presente que en las montañas que rodea este lugar. Fue aquí donde Fray Francisco Ximénez encontró el Popol Vuh durante su estadía entre 1701 y 1703. Una la villa que se mantuvo aislada, con poca presencia hispánica y con ello cultivando con relativa tranquilidad un mundo de significaciones para su población k'iche'. En este poblado, además de las cofradías, la alcaldía indígena ganó respeto y autoridad jugando roles importantes en una gobernanza lograda por un complejo sistema de cargos. Fue en esta última estructura donde descanso el pilar comunitario de la vida, de la palabra, de la ley.

En la perseverancia de elegir sus propias autoridades, de seguir sus propios protocolos, su propia ceremonialidad, en la permanencia de ciertos saludos, de ciertos ritos diarios a los cuatro puntos cardinales, basa la alcaldía indígena sus derivados del ejercicio del poder, conferido por esos roles de importancia comunitaria. A la alcaldía indígena, entre otras funciones, le podemos añadir la de conservar los bailes, principalmente para la fiesta mayor, donde aparece el ritual-danzario del *tz'ijolaj*. Un ceremonioso cortejo procesional que acompaña al caballito, y en el que intervienen varias personas: tres bailadores, tres cargadores del lazo, seis alcaldes, y los tocadores de tambor y pitos o chirimillas.

La antropóloga norteamericana Ruth Bunzel que realizo la tesis más importante sobre Chichicastenago, vivió en dicha comunidad entre 1930 y 1932. Su estudio abundan importantes datos sobre las festividades de los k'iches. En relación con la fiesta del Rosario dice:

Ellos tienen sus propios músicos, un hombre tocando una pequeña flauta y un muchachito golpeado un pequeño tambor. Un hombre está bailando un curioso paso tejido, saliendo y entrando a este grupo. Él lleva en una mano una pequeña figura de caballo hecha de madera, a la cual se han fijado cascabeles. Este es tsijolaj, el patrón de un grupo cuya preocupación principal parece ser el cargar cohetes para quemarlos en su ceremonia (1981, p. 249).

Esto en efecto, continúan siendo uno de los componentes principales del ritual festivo que acompaña al *tz'ijolaj*, la quema de bombas. Quienes intervienen en esta festividad son conocidos como sargentos o coheteros, recuerda Bunzel, quien agrega en las páginas siguientes otros eventos relacionados con la fiesta en

cuestión, y sobre su música e intervenciones del baile. Es el contexto de la fiesta de Todos los Santos, en la víspera del 30 de octubre (del año de 1930), cuando narra cómo en plena fiesta un grupo de mayordomos van por el *tz'ijolaj*: “En el patio está bailando Tsijolaj, con su característico paso diagonal. La música usual, el pequeño tambor tocado por un muchachito y la flauta” (Bunzel, 1981, p. 253). Esto sucede aun, dicho ritual, cuyo contexto principal es la citada fiesta, también puede bailarse posterior a una misas organizada los cantones, o bien responder a un llamado que hagan el gobernador para inauguraciones de obras de infraestructura o para ir fuera del municipio. Suelen atender también llamados del Instituto Guatemalteco de Turismo (Inguat) o del gobierno.

Poco más adelante, en su descripción esta etnógrafa advierte sobre la participación de dos conjuntos instrumentales distintos:

“De pronto un detalle de la escena, inadvertido hasta aquí, se hace visible. Hay tres grupos de músicos, sentados en el corredor fuera del cuarto ceremonial. Hay dos tambores muy grandes con flautas y un tambor más pequeño con chirimía [...] Tsijolaj continúa bailando sin perturbarse, al sonido de la música de su propio tamborcito y flauta” (1981, p. 253).

Esta práctica de interpretar dos flautas y un tambor, o dos conjuntos de flauta y tambor, o la superposición de conjuntos de flautas y tambores, o flautas y tambores, y tambores y chirimías ha sido reportada en nuestro trabajo de campo y como veremos en el registro fotográfico que nos hace Juan T. García-Marroquín. Se trata entonces de una práctica que permanece.

Tan solo unos años después de la estadía de Ruth Bunzel, en 1937 Joseph Henry Jackson, en su libro *Notes on a drum. Travel Sketches in Guatemala*, narra su estadía en la villa de Chichicastenango, durante la fiesta para el 25 de diciembre. Henry Jackson, por supuesto se refiere al *tz'ijolaj* en alusión a los coheteros y cuya imagen asocia a Santiago a Caballo, “la que hacen caminar sobre una cuerda” (1937, p. 61) desde el campanario. A partir de entonces dicha festividad ha permanecido en Chichicastenango teniendo como principal fin sacralizar la alcaldía indígena. Como todo proceso, a lo largo de su historia ha ido adquiriendo otros significados, otras funciones, otros acomodos, ya fuera que le vieran como Santiago, ese jinete vencedor de demonios, acérrimo luchador del mal, o por *Teko*, Daniel, *Sil*, aquel señor de tanto dinero, entre otras versiones que uno se pregunta ¿cuál es la versión correcta?, sino todas las superposiciones que tienen

lugar al pie del pilote central de ese campanario que recoge la vieja estructura de un templo antiquísimo de sus ancestros, los abuelos.

Ese fue el trayecto seguido entre otras expresiones por el *tz'ijolaj* (*tzi-jol-aj*), acaso la remembranza de la palabra que brota, del lenguaje florido, aquel que descende. Celebración de los santos que se atraen y con quienes se platica con harta cohetería, porque vaya sino les gusta que la pólvora atraiga del cielo las bendiciones de la cosecha. *Teko Se'n*, *Teko Mo's*, *Tz'ijolaj*, “Señor de la Pólvora”.

Breve nota disgregante

En los años recientes el término *tz'icolaj* es cada vez mas frecuente para designar al *xul*, o *zu*, como se identifica la flauta de caña o carrizo. Aunque el término como tal ya había sido relacionado con la flauta indígena por Jesús Castillo desde la década de 1940, cuando nos dice que después del tun “ (...) el aparato musical más importante de nuestros indios es sin duda el tzijolaj” (1981, p. 78), que identifica como la flauta de tres agujeros de digitación.² Desde entonces muchos *caxlanes* (de castellano, refiere a los ladinos) usan ese término, aunque no es el correcto. Afortunadamente del otro lado, de los portadores, además de ser desmentido se ha generado una nueva visibilización de este ritual sonoro-danzario (Abuelos y Abuelas Mayas K'iche', 2011).

Referencias

- Abuelos y abuelas mayas k'iche's. (2011). *Ri Tzijol Aj. El Tzijolaj*. Guatemala: Fundación Riecken.
- Arrivillaga-Cortés, A. (2019). Nosotros lo que hacemos es palabra. En J. de la Creu & A. Torres (Eds.), *Música tradicional, educación y patrimonio* (pp. 97-128). Girona: Universitat de Girona.
- Bunzel, R. (1981). *Chichicastenango*. Seminario de Integración Social Guatemalteca, 41. Guatemala: José Pineda Ibarra.
- Castillo, J. (1979). *La música maya-quiché, región Guatemala*. Guatemala: Piedra Santa.
- Jackson, J. H. (1937). *Notes on a drum. Travel Sketches in Guatemala*. The Macmillan Company.

2 Agrega que el mismo es central en sus prácticas litúrgicas, cuya traducción “elevador de oraciones” es un término dado a conocer por el estudioso lingüista y arqueólogo Flavio Rodas allá por 1938.



Figura 1. Las autoridades, regidores del evento, cuidadores y cargadores (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).

Figura 2. La felicidad está presente en todos: es la festividad ritual del *tz'ijolaj* (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).





Figura 3. Custodias y sistema de cargos: fieles testigos y guardianes de la tradición en sobre posición (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).



Figura 4. Templo mayor: escenario milenario ataviado en la fiesta de la pólvora (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).



Figura 5. En cadena xul y k'ojom; k'ojom y xul, anónimos autores de la palabra y los truenos (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).



Figura 6. Como no incorporar a esta fiesta de sonidos y palabras, la chirimilla, canto mozárabe que Mesoamérica acogió (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).



Figura 7. Avanza el ritual procesional, mecapaliado va el tamborón, custodiado por mayores, camino a alzar la voz (fotografía J. T. García-Marroquín, 2019).



Figura 8. Avanza palabra divina, palabra florida: el *tz'ijolaj* es tu guardián. (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).



Figura 9. Todo preparado, el destino ataviado. Las bombas pronto partirán con el saludo a los señores que nos guardan arriba (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).



Figura 10. Venados, toritos, vaqueros, moros y cristianos, que importa si se baila para cumplir la promesa (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).



Figura 11. Plumas, muchas plumas, bellas andas como nuestros antepasados. La palabra ataviada por el humo para acercarse a ellos y agradarlos (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).



Figura 12. Hasta ahí podrá llegar la custodia. Es tiempo de dejar al señor que viaje: que lleve y traiga, la comunicación con el ahau (fotografía J. T. García-Marroquín, 2019).



Figura 13. Palabra divina tz'ijolaj, palabra que brota; la fiesta ritual está en su plenitud (fotografía J. T. García-Marroquín, 2018).